



unánimes

# Estudios bíblicos

## M: Parábolas de Jesús

### 33.- Parábola del fariseo y el publicano



unánimes

## Estudios Bíblicos

### M.33.- Parábola del fariseo y el publicano

#### 1. El texto

##### Lucas 18:9-14

*A unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: «Dos hombres subieron al Templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano”. Pero el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido».*

#### 2. Introducción

Tal y como indicamos en la parábola de “El juez y la viuda”, en el capítulo 18 del Evangelio de Lucas nos encontramos estas dos parábolas que van seguidas una de la otra. Toca ahora analizar en el presente estudio la que va desde el versículo 9 al 14.

Lucas se encarga de hacernos la introducción a la parábola cuando dice:

*“A unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola”.*

Podemos suponer que Jesús está dirigiéndose a sus discípulos, entendido este término en su sentido más amplio. Él les dice que durante el largo y cada vez más difícil período de tiempo que precederá el regreso del Hijo del hombre, sus seguidores en la tierra a lo largo de la historia, en lugar de desanimarse, deben perseverar en la oración. ¿Pero servirán sus oraciones? ¿Serán vindicados estos suplicantes? Para contestar esta pregunta Jesús cuenta una parábola. Su propósito es mostrar que si aun un juez terrenal, un hombre muy malvado finalmente trata con justicia a una viuda que persevera, ¿cuánto más el justo, santo y amoroso Padre hará justicia a sus elegidos que continuamente claman a él de día y de noche?

Una persona debe orar y no darse por vencida. Además, debe orar con la actitud correcta de mente y corazón. No tenemos razones para dudar que Jesús dirigió esta parábola a un grupo de fariseos. Este es el sentido claro de la declaración de Lucas.

Jesús dirige esta ilustración a quienes confiaban en sí mismos y pensaban que todos los demás no tenían valor alguno. La situación descrita no era una exageración, sino un cuadro fiel de la equivocación de los fariseos de ese tiempo; esto no debe dudarse. La parábola presenta a dos hombres, dos oraciones y dos resultados.

### 3. Los dos hombres

*Dos hombres subieron al Templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano.*

Es necesario analizar cuidadosamente a los personajes de la parábola y el lugar donde fue impartida:

#### 3.1. El fariseo

Los fariseos eran gente muy religiosa. Pertenecía a una secta de judíos que llegaban a un extremo innecesario al tratar de obedecer las leyes y, al interpretarlas, agregaban mandatos e instrucciones. Ellos eran los que enseñaban en las sinagogas fuera de Jerusalén y, como rabinos, permanecieron en el tiempo luego de la destrucción del Templo en el año 70dC. Eran muy estrictos en su forma de vida y con frecuencia era auto-justificados y muy críticos de otros. Se subían a un pedestal de “santidad” y desde allí juzgaba a los demás.

#### 3.2. El publicano

Los publicanos, por otra parte, eran considerados hombres inmorales y traidores. Con frecuencia explotaban a las personas cuando cobraban los impuestos para el gobierno romano. Una parte de tales impuestos era entregada a los romanos y otra se la dejaban ellos. No eran vistos de una forma favorable y con frecuencia eran tratados con desdén. En los evangelios observamos que hay un tratamiento especial para ellos porque usualmente se les separa de los pecadores asignándoles una culpa mayor.

#### 3.3. El Templo

El Templo se usaba no solamente para asuntos religiosos públicos, ofrendas, sacrificios y enseñanza, sino también para devociones privadas. Por lo tanto, no es extraño que veamos a un fariseo entrar al Templo con este propósito. No es seguro si esto ocurrió en uno de los tiempos regulares para la oración, lo que es probable, o si ocurrió en otro momento. En todo caso, es más o menos de esperarse ver a un fariseo entrar al templo a orar, ya que los que pertenecían a esta secta eran muy piadosos (por lo menos, así los veían otros y así se consideraban ellos mismos). Orar en lugares donde pudieran ser vistos era una de sus aficiones favoritas.

No obstante, sí es muy sorprendente que un cobrador de impuestos también entrara y con el mismo propósito, a saber, a orar.

#### 4. La oración del fariseo

*El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano”.*

Los judíos religiosos practicaban la oración tres veces al día: a las 9 de la mañana, al mediodía y a las 3 de la tarde. Se consideraba que la oración era más eficaz si se ofrecía en el templo, por lo cual el templo era frecuentado a esas horas.

El fariseo asume su posición con decisión. Orando en pie, alzando las manos y los ojos, esto no era nada extraordinario. En el caso de un fariseo esto era incluso lo que esperaríamos.

¿A quién dirige el fariseo esta oración? Exteriormente se dirige a Dios, puesto que dice, “Oh Dios”. Pero interior y realmente, el hombre está hablando de sí mismo consigo mismo. Además, habiendo mencionado una vez a Dios, no vuelve a referirse a él. A través de toda su oración el fariseo se está felicitándose a sí mismo. La verdadera oración se dirige solamente a Dios. El fariseo estaba presentando sus credenciales delante de Dios.

Se deduce que esta es la realidad del hecho de que en ninguna parte de su oración el hombre confiesa sus pecados. En ningún momento pide a Dios que le perdone lo malo que ha hecho. Ahora, si hubiera tenido alguna percepción de la presencia divina, ¿no hubiera tenido también un sentido de culpa?

Él comienza comparándose con otras personas. Sin embargo, no se compara con hombres verdaderamente devotos como Samuel o Simeón, sino con aquellos de mala reputación. Dice no ser ladrón ... como si no estuviera en aquel mismo momento robando a Dios el honor que se le debe. No es tramposo o una persona deshonesto ... como si no estuviera defraudándose a sí mismo de una bendición. Y no es adúltero. Bueno, quizás no literalmente, pero ¿acaso no estaba apartándose este orgulloso fariseo del Dios verdadero y así haciéndose culpable del peor de los adulterios?

De pronto la atención del fariseo es atraída al cobrador de impuestos que está golpeándose el pecho y clamando a Dios por la misericordia. Entonces incluye también a este “publicano” en su oración añadiendo “ni aun como este cobrador de impuestos”. No se dio cuenta que el hombre a quien tanto despreciaba estaba en camino del cielo, lugar que el fariseo nunca vería a menos que ocurriera en su corazón un cambio interno muy básico, una transformación completa.

Una oración farisaica típica del tiempo en que Jesús contó esta parábola sería como sigue: “Te doy gracias, Jehová mi Dios, porque tú has asignado mi suerte con aquellos que se sien-

tan en la casa de entendimiento y no con los que se sientan en las esquinas de las calles. Pues yo me levanto temprano y ellos se levantan temprano: yo me levanto temprano para estudiar las palabras de la Tora y ellos se levantan temprano para atender asuntos de ninguna importancia. Yo me fatigo y ellos se fatigan: yo me fatigo y por ello gano, mientras ellos se fatigan sin ganar nada. Yo corro y ellos corren; yo corro hacia la vida de la era venidera, mientras ellos corren hacia el abismo de destrucción”. Este es otro ejemplo típico de la misma autojusticia farisaica.

En el aspecto positivo, el fariseo menciona en su oración algunas obras que se atribuye. ¿Acaso no hace él más de lo que la ley exige? “Ayuno dos veces por semana”, dice él. Este hombre no ayuna solamente una vez al año, como sugiere la Ley, o sólo en ciertos meses. No, él ayuna dos veces por semana. La ley judía no prescribía más que un ayuno obligatorio, el del Día de la Expiación. Pero los que querían ganar méritos ayunaban también todos los lunes y los jueves. Es curioso que esos eran los días de mercado cuando Jerusalén se llenaba de campesinos. Los que ayunaban se ponían polvos para parecer más pálidos, y se vestían con cuidadoso descuido y salían a la calle para que los viera el público.

En relación al diezmo, los levitas tenían que recibir los diezmos de todos los productos pero este fariseo lo dieztaba todo, hasta lo que no era de precepto. Y en cuanto a diezmar, también a esto se da completamente y excede por mucho lo que la ley requiere. Este diezma aun las hierbas del jardín. ¡Qué persona tan ejemplar!

Su actitud era la típica de los peores fariseos. Se conserva la oración de un cierto rabino que decía: «Te doy gracias, oh Señor Dios, porque me has dado parte con los que se sientan en la Academia, y no con los que se sientan por las esquinas. Porque yo madrugo, como ellos; pero yo para buscar las palabras de la ley, y ellos para cosas vanas. Yo trabajo, como ellos; pero yo trabajo para recibir una recompensa, y ellos trabajan y no reciben ninguna recompensa. Yo corro, como ellos; pero yo corro hacia la vida del mundo venidero, y ellos hacia el pozo de la destrucción.» Dijo una vez el rabino Simeón ben Yocai: «Si no hay más que dos justos en el mundo, somos mi hijo y yo; y si no hay más que uno, ¡soy yo!»

El fariseo realmente no iba a orar; iba a informar a Dios de lo bueno que era.

## 5. La oración del publicano

*Pero el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”.*

Este hombre “se para a cierta distancia”. Ciertamente está en el templo, pues allí es donde mora Dios en un sentido especial. Él necesita a Dios desesperadamente, ¡al Dios de amor perdonador! Pero, habiendo llegado al templo, se pone a cierta distancia, lejos del santuario.

Se avergüenza de sus pecados; desde allí, avergonzado de sí mismo, permanece sin levantar los ojos. Sigue golpeándose el pecho en un acto de autocensura y casi desesperación. Profundamente consciente de la presencia de Dios, se aferra al Señor en oración y de las profundidades mismas de su ser clama: “Oh Dios, ten misericordia de mí, el pecador”. Con fervor e intensidad, suplica a Dios que haga propiciación por él. Tiene hambre y sed de la más grande bendición, a saber, que la ira de Dios sea quitada y se obtenga su favor. Su oración está totalmente en el espíritu de “Sólo en Ti teniendo fe tal deuda podré pagar”.

¿Pensaba el fariseo en sí mismo solamente? También lo hacía el cobrador de impuestos, distinguiéndose del resto de la humanidad, pero de un modo totalmente distinto. No se enaltece sobre los demás. No dice, por ejemplo: “Oh Dios, te doy gracias que soy, al menos, mejor que la mayoría de los cobradores de impuestos”. De ninguna manera. Él se individualiza como ¡El pecador! Más adelante, el gran apóstol a los gentiles, Pablo, haría lo mismo. Diría: “Cristo Jesús vino al mundo a salvar pecadores, primero de los cuales soy yo.

El publicano se quedó hasta el final y no se atrevía ni a levantar la vista ante Dios. Aquí casi todas las traducciones españolas de la Biblia pierden un importante matiz del original al traducir “*Dios, sé propicio a mí, pecador*” en vez de “*Dios, sé propicio a mí, pecador, el pecador*”. Él se consideraba no meramente un pecador, sino el pecador por antonomasia. Y Jesús dijo: «Y fue esa oración, surgida de un corazón quebrantado y avergonzado de sí mismo, la que le granjeó la aceptación de Dios.»

## 6. Los dos resultados

*Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro...*

Haciendo gran énfasis, Jesús continúa: “Os digo”, y asevera “éste hombre, antes que el otro” dando a entender claramente que “el otro no”.

El cobrador de impuestos volvió a su casa justificado. La palabra se usa aquí en el sentido forense. Dios mismo ha declarado justo a este “publicano”. Sí, él es justo ante los ojos del Altísimo. Los pecados del hombre han sido borrados. Sus transgresiones han sido alejadas tanto como está lejos el oriente del occidente. Han sido echados en lo profundo del mar. Y el penitente mismo ha sido adoptado en la familia de Dios.

Ahora él vuelve a casa. Ha sido quitada la tempestad de su corazón. Ahora todo es paz, porque está profundamente convencido que la aprobación de Dios le pertenece.

El fariseo también vuelve a casa, ¡pero no tiene nada! Podría haberse quedado en casa ese día y no haber ido al Templo. En realidad, esto hubiera sido mejor para él.

## 7. La enseñanza

*...porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido.*

En la parábola de los convidados a las bodas, el Señor ya nos había adelantado este dicho proverbial. Y en el Antiguo Testamento al profeta Isaías le dijo:

### **Isaías 57:15**

*Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo:  
Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados.*

Así, de un modo muy conmovedor termina la Sección Central del Evangelio de Lucas.

## 8. En resumen

Recordemos la razón por la que Cristo utilizó la parábola. Fue por “unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a otros”. La oración de fariseo fue exactamente esto, un intento por decirle a Dios lo justo que él era, llena de vanidad y de ego.

Pero veamos la diferencia en la oración del publicano. Ésta es una situación obvia en la que el hombre reconocía su culpa y se quedaba a lo lejos. Él reconocía sus pecados y le pedía a Dios misericordia. Él le estaba pidiendo a Dios que lo perdonara.

Jesús luego le dijo a su audiencia lo que necesitaban aprender de esta historia. La lección es que el publicano se fue para su casa justificado y el fariseo no. El publicano no fue justificado por ninguna de las obras de la ley, sino por su actitud arrepentida y humilde delante de Dios, por su reconocimiento del pecado y por la fe que demostró en Dios al suplicarle su misericordia y su perdón.

La Biblia habla con frecuencia acerca de ser justificado, liberado de la culpa, por fe. Así lo indica Pablo en su carta a los creyentes en Roma:

### **Romanos 3:28**

*Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.*

Algunas personas piensan que pueden ser justificadas—ser rectas, justas e inocentes delante de Dios—haciendo las buenas obras especificadas en la ley. Ésta era la actitud del fariseo, pero en realidad el que fue justificado por la misericordia de Dios fue el publicano.

¿Por qué? ¿Qué hizo el publicano que el religioso fariseo no hizo? La respuesta la encontramos también en la carta de Pablo:

## **Romanos 4:5-8**

*...mas el que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.*

Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: “bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado”.

El publicano se arrepintió. Él reconoció que era un pecador y le pidió a Dios misericordia, y fue justificado.

## **9. Conclusión**

No hay duda que esta parábola nos enseña ciertas cosas importantísimas acerca de la oración:

- a. Ningún orgulloso puede orar. La puerta del Cielo tiene el dintel tan bajo que no se puede entrar más que de rodillas.
- b. Nadie que desprecie a sus semejantes puede orar. En la oración no nos podemos encumbrar por encima de los demás. Recordamos que somos cada uno parte de una humanidad pecadora, doliente e indigna, que se arrodilla ante el trono de la gracia de Dios.
- c. La verdadera oración brota cuando colocamos nuestras vidas al lado de la vida de Dios. Sin duda todo lo que dijo el fariseo era verdad: ayunaba; diezmaba meticulosamente; no era como los hombres que menciona, y menos como el publicano. Pero la pregunta no es: «¿Soy yo tan bueno como mis semejantes?», sino: «¿Soy yo tan bueno como Dios?» Todo depende de con qué nos comparamos. Cuando ponemos nuestra vida al lado de la de Jesús y al lado de la santidad de Dios, todo lo que podemos decir es: «Dios, ten misericordia de este pecador que soy yo.»

En la conclusión de la parábola, Cristo le recordó a la audiencia que: “porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido”. El publicano tenía una actitud humilde y arrepentida. Él fue justificado. El fariseo no era humilde, era orgulloso y no fue justificado.

La Biblia habla con frecuencia acerca de la necesidad de evitar el orgullo. Veamos lo que Salomón en el libro de los Proverbios escribió acerca de lo que Dios piensa acerca del orgullo: “El temor del Eterno es aborrecer el mal; la soberbia y la arrogancia, el mal camino, y la boca perversa, aborrezco”. ¡Sin duda Dios aborrece el orgullo!

Pero Dios da gracia al humilde. Santiago escribió: “Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”. “Humillaos delante del Señor, y él os exaltará”.



EL apóstol Pedro reafirma lo mismo: “Igualmente jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo”.

El fariseo y el publicano son fieles representantes de actitudes típicas que son comunes en nuestra época. Un hombre estaba lleno de orgullo y era auto-justo. El otro era humilde; reconocía sus pecados y le pidió a Dios misericordia y fue justificado. ¿Cuál de los dos seremos nosotros?

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen  
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995